

5 años

SANTA CLAUS

Yo tenía 6 años cuando, escondida, vi a mis padres colocar los regalos en el árbol de Navidad y descubrí, con dolor en el corazón, que Santa Claus no existe. Pero a los 5 años yo creía ciegamente en el viejito. Le escribía cartas, hacía listas interminables de regalos (por cierto, siempre me pareció que él era medio tacaño, porque de los treinta que yo pedía solo venían unos tres, con suerte. Mi madre decía que era porque no cabían tantos regalos en el trineo; después de todo, eran muchos los niños que él tenía que visitar en Nochebuena).

Estábamos a finales de noviembre, los shoppings repletos de gente, las avenidas atiborradas, todo el mundo en la calle buscando regalos, y muchos Santa deambulando por los lugares de mayor movimiento. Un sábado, fui con Alicia y mi madre al shopping y allí estaba él: el Santa Claus más nada que ver con Santa Claus que jamás hubiese visto. En lugar de ser gordo, era un palito ambulante. Y no tenía ninguna arruga, nada que aparentase vejez. Seguro que, en su tiempo libre, debía de ser un tipo bien parecido, pero allí él era contratado para convencer a los (tontos, mil veces tontos) niños de que él era el viejito bueno que visitaba nuestras casas mientras dormíamos.

Yo nunca creí en los Santa Claus de las calles y de los shoppings. Para mí, aquello era puro adorno. El de verdad era el del Polo Norte, el que

traía los regalos en Nochebuena. Pero a Alicia siempre le encantaron los tipos vestidos de Santa. Le parecían maravillosos, no podía ver uno que le arrojaba besos, le hablaba al oído, le contaba secretos, le prometía dejar el chupete, lo abrazaba. Alicia se ponía pesada en Navidad. Pero estaba en casa cuando mamá sugirió que fuéramos al shopping y tuvimos que llevarla con nosotros.

Alicia insistió tanto que nos pusimos en la inmensa fila para hablar con el "viejito" que, a lo sumo, debía tener unos 20 años. Era jovencísimo.

—¿No ves que ese tipo no es Santa Claus, Alicia?

—¿Y no ves que solo dices tonterías? Claro que es. ¡Mira la ropa!

No se podía discutir con ese argumento. Por lo menos, no a los 5 años de edad.

Con el ceño fruncido y bolsas pesadas en las manos, mi madre bufababa en la fila, insultando mentalmente a Alicia, sus familiares y los ancestros de sus familiares.

Llegó nuestro turno. Por Dios, no. Yo estaba allí para hacerle compañía, pero Alicia no lo entendió así.

—¡Ven, Malu! ¡Vamos a tomarnos una foto con él!

—No quiero.

—¡Ven, Malu! —gritó "el viejito".

—Santa, querido, el nombre de ella es María de Lourdes —corrigió mi madre, enojada.

—¡No quiero ir! ¡No quiero tomarme una foto!

—¿Por qué?

—¡Porque él no es Santa Claus!

—¡Habla en voz baja! Si él escucha eso, se va a poner triste —me regañó Alicia.

—¡Yo sí soy Santa Claus, Malu! ¡Jo, jo, jo! —lo intentó.

.....¿EN SERIO, AMIGA?!

Pobrecito. Me dio pena. Esa ropa pesada de terciopelo, botas, barba postiza... Qué calor debía estar sintiendo... Pensé en sentarme en su regazo, tomarme la foto y acabar rápido con ese fastidio, pero yo sabía que él no era Santa, el mío, el de verdad.

–Malu, ¿no te gusta Santa Claus? –preguntó el hombre.

–Mira, no es nada contra ti...

–¡Malu! ¡Ya basta! ¿Quieres hacer llorar a Santa?

–¡Oigan! ¿Pueden llamar a mi hija por su nombre? Es María de Lourdes y no se habla más de eso. Y vamos, que ya estoy cansada de esta fila.

Yo no quería posar para ninguna foto, pero Alicia ya estaba totalmente acomodada en el regazo de Santa Claus.

–¡Ven! –me llamó mi amiga.

–No. ¡Su barba pincha! Y esa ropa colorada que usa calienta mi trasero y lo hace transpirar.

–¡Más respeto con el viejito, Malu!

–¡María de Lourdes, Alicia! ¡María de Lourdes! –se exaltó mi madre.

–Él no es viejito, eso es un disfraz. ¿No puedes verlo? Él es un tipo de lo más común, seguro que no íbamos a querer tomarnos una foto con él si estuviese sin la ropa de Santa Claus.

–Ay, Santa, perdón, ella es así de brava, pero es buena. Te lo juro –le susurró Alicia al falso Santa Claus.

–¡Ve, María de Lourdes, si no, esa niña no va a calmarse! Ya estuve mucho tiempo en esta fila idiota. Date prisa.

Después del regaño materno, no tuve otra alternativa y fui a sentarme en la otra pierna del “viejito”. Allí, noté que él tenía unos ojos azules extrañísimos, parecía que le iban a saltar del rostro en cualquier momento y caerían en mi regazo. En aquellos tiempos, jamás hubiera sabido que se trataba de un par de lentes de contacto baratos. En mi cabeza de mocosa, solo reflexioné y llegué a la conclusión de que los

ojos de Santa Claus eran la cosa más extraña que había visto en mi vida.

Como si fuera poco, su ropa navideña apestaba. Olía a humedad, a cosa guardada hace mucho tiempo. Sentado en aquel traje de terciopelo rojo, mi trasero comenzó a sudar, pobrecito. Y las personas en la fila, claro, comenzaron a reclamar por la demora, a perder la paciencia.

–Estás apestando. Mucho –dije, con la siempre desconcertante sinceridad infantil.

–¡Malu! ¿Cómo le dices algo así? –me regañó Alicia.

–¡Él no es Santa Claus! ¡Mira su cabello verdadero debajo de la peluca! ¡Es morocho! ¡Y mira esos ojos extraños! ¡Y esta mejilla flaca, ni un poquito inflada! ¡Cielos! ¡Eres tan tonta! –grité con toda mi extensión vocal.

Él me ignoró. Debía saber mejor que nadie que aquella ropa apestaba más que un chiquero. Y que, definitivamente, no era Santa Claus.

–¿Dónde está esa sonrisa? –pidió un “duende” que trabajaba con “Santa Claus” tomando las fotos.

–¡Buááá! –comencé a llorar–. ¡Me quiero ir!

–Toma rápido la foto, duende. ¡Por favor! –imploró mi madre–. ¡Trágate el llanto, María de Lourdes! Te ves horrorosa llorando.

–¡Uno, dos, tres! Listo. Está linda la foto –avisó el duende.

Salté del regazo de Santa con lágrimas desesperadas corriendo por mi rostro, y mi trasero más sudado que nunca. Alicia se mostró ofendida.

–Tú también, ¿eh, Malu? Qué feo llorar así. Espero que él no se haya enojado contigo. Va a llevar muchos menos regalos a tu casa –dijo Alicia–. ¡Y la tonta eres tú!

Me dieron aún más ganas de llorar. No por el insulto, sino por la amenaza horrible de recibir menos regalos en Navidad.

.....¿EN SERIO, AMIGA?!.....

Fue la última vez que me senté en el regazo de un Santa Claus. Para la Navidad siguiente, la farsa del viejito bueno ya se habría terminado y yo sería una niña mucho más feliz, pues no tendría que conversar simpáticamente con ningún extraño Santa Claus que se cruzase en mi camino una tarde en el shopping.